

Ajuste de letras

De fiesta con George Plimpton

POR JAIME G. MORA

Si Warhol daba fiestas, el salón literario del director de «The Paris Review» no se quedó atrás. Plimpton fue «El hombre que estuvo allí»

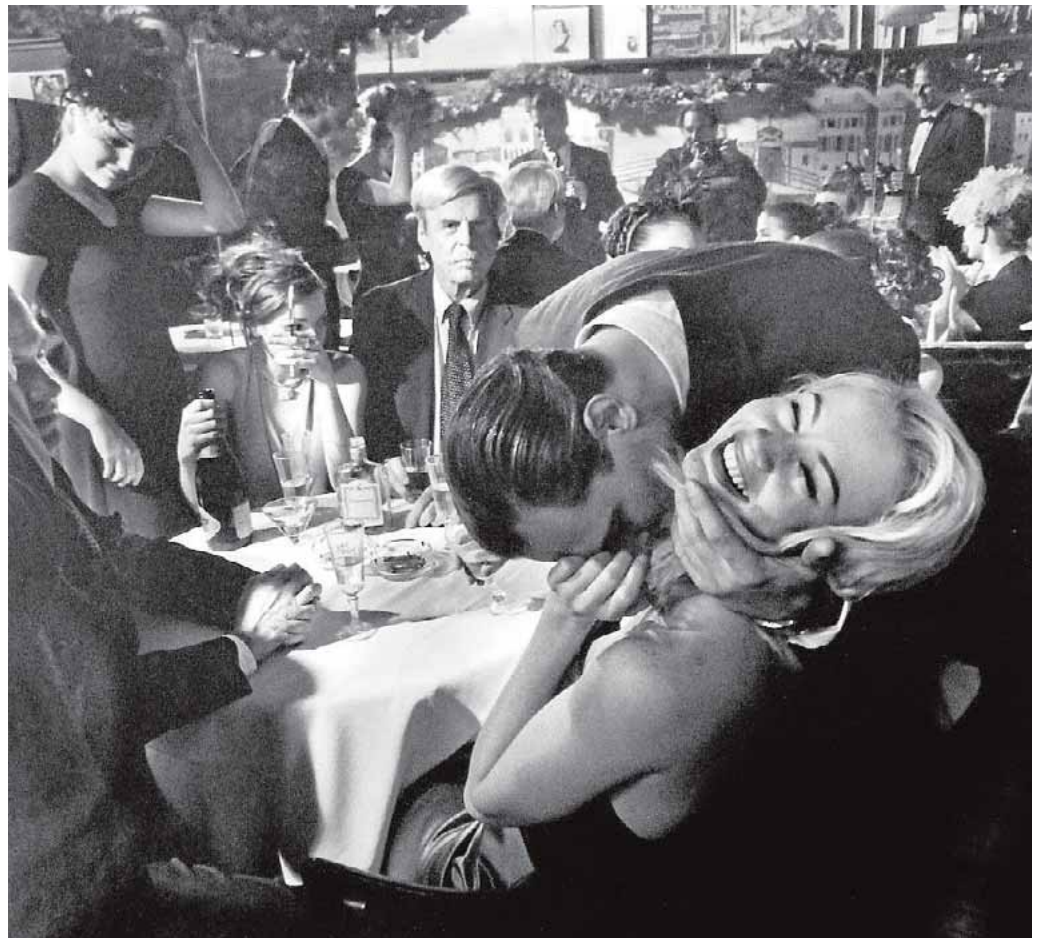
George Plimpton saludó a su vieja amiga: «¡Jackie!». Jacqueline Kennedy acababa de llegar a la fiesta. Eran los años 60: John F. Kennedy ocupaba la Casa Blanca y su esposa acudía con naturalidad al salón literario del director de *The Paris Review*, la revista que ha publicado las mejores entrevistas a escritores.

Plimpton guardó el abrigo de la primera dama, le presentó a Ved Mehta, a William Styron y evitó cruzarla con Norman Mailer, que acababa de publicar en *Esquire* un artículo que la dejaba en mal lugar. Cuando 15 minutos después la señora Kennedy se marchó muchos de los 70 invitados ni se habían enterado de su llegada.

Gay Talese, el reportero que contó esta escena, recordó años después cómo Plimpton movía sus ojos de un lado a otro eligiendo a quién presentar a «Jackie». Plimpton se comportaba como un editor «de su propio salón literario», y alejó a la primera dama del «macho Mailer». «Cualquiera sabe lo que podría haberle dicho».

Las fiestas que organizaba Plimpton en la calle 72 de Nueva York eran la alternativa literaria y heterosexual a las de Andy Warhol. Fueron cientos de veladas a lo largo de 45 años. «George veía su casa como un lugar de encuentro para todo el mundo», dijo Sarah Plimpton, su mujer.

PLIMPTON CONVOCABA sus fiestas con solo unas horas de antelación: cubría la mesa de billar y la llenaba de canapés. Para beber, encargaba 38 botellas de whisky escocés, una de vino blanco y otra de Dubonnet. Odiaba hacer listas de invitados, así que las puertas estaban abiertas para casi cualquiera, ya fuera un cantante o una conejita del Playboy Club. Cualquier excusa servía: que



LARRY FINK

un autor había publicado por primera vez en *The Paris Review* o que una editorial quería presentar un libro. La firma pagaba las copas y Plimpton ponía su salón. Truman Capote y Gore Vidal eran habituales. También Philip Roth, Lillian Hellman o Robert Silvers. Plimpton tenía esa capacidad de seducción.

CON ESTA HOJA DE SERVICIOS, la cadena pública de televisión de Filadelfia pensó que sacar a subasta salir una noche con Plimpton sería una buena forma de recaudar fondos. Un tal Jerry Spinelli pagó 425 dólares, todos sus ahorros, por conocerlo. Plimpton lo cuenta en «El restaurante Elaine's», uno de los artículos recogidos en la antología *El hombre que estuvo allí* (Contra). Porque Plimpton también escribía. Publicó unos treinta libros y acuñó el término «periodismo participativo»: el reportero no debía conformarse con contar los hechos, debía vivirlos en primera persona. Dos semanas después de la subasta, Spinelli y su mujer

viajaron a Nueva York. «La cosa era invitarlos a casa a tomar algo; jugaríamos un poco al billar, y luego, sin prisas, cenaríamos en algún restaurante cerca del centro», dice Plimpton.

Pero su invitado era escritor. «¡Cielos!». Spinelli estaba trabajando en una novela y llevaba un tiempo bloqueado. Pensaba que si conocía a alguien relacionado con el mundillo literario superaría su crisis. «Entonces tendremos que convertir esto en una velada literaria», le dijo Plimpton a su mujer. «Tendremos que ir al Elaine's».

Cerrado en 2011, el Elaine's era un punto de encuentro de artistas, deportistas y políticos. Woody Allen incluso grabó una escena de *Manhattan* en este restaurante.

PLIMPTON REZÓ por que aquella noche hubiera gente de letras. Y en la primera mesa se encontró a Kurt Vonnegut. Más allá estaban Irwin Shaw, Willie Morris, exdirector de *Harper's*, y el novelista Winston Groom.

George Plimpton, en el centro de la imagen, sentado a una de las mesas del Elaine's (Nueva York, 1999)

«Hubo amables saludos con la cabeza y apretones de manos». En la siguiente mesa

estaban Gay Talese y A. E. Hotchner: «Sr. Talese, Sr. Hotchner, permítanme presentarles a Jerry Spinelli, el escritor de Filadelfia». El escritor de Filadelfia. Eso entusiasmó a Spinelli.

CADA VEZ ESTABAN MÁS CERCA de la mesa más deseada, la que ocupaba Woody Allen. El restaurante tenía prohibido acercarse ahí. Plimpton estuvo a punto de pasar de largo. Entonces pensó en el largo viaje en tren de Spinelli, a quien solo le quedaban 5 dólares en su cuenta corriente. Woody, dijo, este es Jerry Spinelli, el escritor de Filadelfia. «Woody levantó la vista despacio. Fue muy teatral, como si levantara la vista de debajo del ala de un gran sombrero. «Sí», dijo sin alterar se. «Ya lo sé»».

Tres meses después Plimpton supo que Spinelli había publicado su primer libro. Hoy es un reconocido autor de novelas infantiles.